

si rigores menos graves sin duda, bien que todavía molestos, ejercidos por Francia no hubiesen suministrado á los parciales de la influencia británica en América y á los amigos exagerados de la paz argumentos especiosos contra la guerra.

Napoleon no quiso revocar inmediatamente sus decretos, y se redujo ó una simple promesa formal de revocarlos tan luego como América hiciese algo significativo contra Inglaterra. Al ser conocida en Europa el acta americana de 2 de marzo de 1811, que restablecía las relaciones mercantiles con Francia y las dejaba suspendidas con Inglaterra, ya respondió Napoleon con el acta de 28 de abril de 1811, que revocaba los decretos de Berlin y de Milan relativamente á los americanos. Este acta oficial produjo viva sensacion en los Estados Unidos, é hizo caer la principal asercion inglesa, hasta el extremo de no permitir reproducirla. Desgraciadamente Napoleon destruía en parte este buen efecto, manteniendo aun ciertas excepciones al derecho puro de los neutrales, é imponiendo al comercio americano ciertas trabas incómodas de todo punto.

Ante todo no quiso restituir los famosos cargamentos americanos apresados en Holanda, porque eran de valor sumo, y porque además pertenecian á aquella clase de americanos que se mostraron complacientes respecto del comercio de Inglaterra, á quienes miraba con mas aversion que á los mismos ingleses. En apoyo de este rigor alegaba dos buenas razones; primera, que estando estos americanos en Europa contra el acta de embargo, se hallaban infringiendo las leyes de su patria, por lo cual debía considerárseles como des-

nacionalizados; segunda, que por la época misma fueron apresados en América buques franceses, por violacion del acta de embargo, y que naturalmente la captura de los franceses autorizaba la de los americanos. Verdaderamente los franceses cogidos no pasaban de tres ó cuatro, al par que los americanos subian á muchos centenares. Pero Napoleon decia que en materias de honor no se contaba, y que mil americanos capturados no compensaban á sus ojos un solo francés maltratado en los puertos de los Estados Unidos. Sin embargo, consintió en restituir algunos americanos cogidos despues de la declaracion de 1.º noviembre de 1810, esto es, despues de la oferta hecha á América de revocar los decretos de Berlin y de Milan, si aceptaba las condiciones impuestas de resultas.

Relativamente al derecho de los neutrales, restableciéndolo Napoleon á favor de los americanos, dejó subsistir diversas excepciones. Completamente renunciaba á la facultad de buscar bajo el pabellon neutral la propiedad enemiga, y admitia que, cubriendo el pabellon la mercancia, los neutrales podian llevar á todas partes lo que fuera de su agrado. Renunciaba á investigar si un buque americano habia tocado en Lóndres ó en Malta: igualmente renunciaba á todos los bloqueos ficticios; pero aun pretendia apresar á un americano que se hallase bajo convoy inglés, considerándolo por virtud de esta asociacion como enemigo; además persistiendo los ingleses en bloquear las playas de Francia, pretendia prohibir á todo buque el arribo á las playas de Inglaterra, no dirigiéndose en esto, segun decia, á los americanos, sino á las playas de Inglaterra, en represalias de lo que

se hacia contra las playas de Francia. Por último, teniendo ejércitos delante de Cádiz y Lisboa, sostenía que llevar harinas á estos puntos, era violar un bloqueo efectivo, y habia prescripto estorbarlo. Estas restricciones al derecho puro de los neutrales eran muy sostenibles; pero su utilidad real no compensaba el mal efecto que debian producir en América.

Acerca del comercio, siempre cuidadoso Napoleon al admitir en Francia á los americanos de que no se introdujeran ni buques, ni productos ingleses, ideó precauciones extremadamente minuciosas. Desde luego no permitió mas que dos puntos de partida. Nueva York y Nueva Orleans, y tres de llegada, Burdeos, Nantes y el Havre. Exigió que antes de salir de América fuera todo cargamento revisado por sus cónsules é inventariado, con el fin de evitar una sustitucion de valor ó de calidad en el viage. Además designó las materias que podrian ser importadas en Francia, excluyó el azúcar y el café como de origen siempre dudoso, y en cambio de las mercancías introducidas quiso obligar á los americanos á que una tercera parte del valor de ellas la exportasen en vinos y dos en sedas. Finalmente, sujetó los géneros importados de América á la famosa tarifa del 5 de agosto de 1810, que consistia en sustituir el derecho del 50 por 100 á la prohibicion absoluta providenciada contra todos los productos exóticos.

Cuando los americanos admitidos en nuestros puertos encontraron allí estas trabas, relativamente á los puntos de partida y de entrada, relativamente á la naturaleza de las mercancías que podian ser introducidas, á la naturaleza y á la pro-

porcion de las que debian ser exportadas, se quejaron vivamente de un comercio cargado de trabas semejantes, y por desgracia sus quejas llevadas á los Estados Unidos produjeron allí un resentimiento importuno. Efectivamente, por una cortísima ventaja se privaba Napoleon de un resultado político de importancia suma, el de una declaracion de guerra de América á Inglaterra. Aun teniendo razon en no querer dejar que se infiltraran los productos ingleses en Francia por medio de los neutrales, muy seguro estaba de que, una vez declarada la guerra, no sacarian los americanos de los depósitos británicos la materia de sus importaciones. Además, exigiendo comprobaciones bien hechas por parte de cónsules de una probidad acrisolada, se pudiera dispensar de restringir á dos puertos en América y á tres en Francia los puntos de partida y de llegada, pues era facilitar mucho á los ingleses el bloqueo de nuestras costas reducirá tres los parages donde debian establecerlo. En cuanto á las mercancías, las mas de ellas, como las maderas, los tabacos, las harinas, eran tan peculiares de los Estados Unidos, y las otras, como los algodones, tenian señales tan inequívocas de su procedencia, que no habia que recelar que durante la travesía se sustituyeran los productos ingleses á los productos americanos. En cuanto á los azúcares y á los cafés, como absolutamente se necesitaba una porcion de unos y otros en Francia, y como Napoleon permitia irlos á buscar mediante permiso hasta á Inglaterra, mas sencillo fuera con mucho recibirlos de los americanos, aunque estos los hubiesen de tomar de las colonias inglesas. Finalmente, en cuanto á la obligacion de comprar

en determinada proporcion asi vinos como sedas en Francia, convenia no ocuparse tanto de Burdeos y de Lion, pues se perjudicaba asi á estas poblaciones por exceso de celo, y fiar á los americanos el cuidado de elegir aquellos de nuestros productos que pudieran exportar con mayor ventaja.

El interés primordial, el que sobrepujaba á todos, aun poniendo en el bloqueo continental la mira, era el de suscitar las hostilidades entre América é Inglaterra. Aun cuando hubiese de resultar algun fraude, lo conveniente era promover esta guerra, pues en el instante perdieran los ingleses el comercio americano, que era todavia de doscientos millones, y nada podria resarcirles de una pérdida de tanta monta. Además la supresion del pabellon americano como intermedio les causaba un perjuicio de otro linage, que valia todos los sacrificios transitorios que en favor de América fueran hechos. Cuando obligábamos por ejemplo á los suecos, á los daneses, á los prusianos, á declarar la guerra á los ingleses, cedian á la violencia, y no se lanzaban mas que á fingidas hostilidades. Pero una vez disparado el primer cañonazo entre América é Inglaterra, habia de estallar un ardiente odio nacional entre una y otra, cesaria de ser complaciente para con la marina británica el pabellon americano, y ya se concile lo que fuera el bloqueo continental para Inglaterra, no ofreciéndose los americanos á prestar su pretendido pabellon neutral á los ingleses para eludir el tal bloqueo.

Por obtener semejante resultado, ningun sacrificio debia parecer costoso, y era evidente que para obtenerlo se necesitaba ante todo quitar á los

americanos todo motivo de queja fundada en nuestra contra, á fin de que su irritacion recayera exclusivamente contra Inglaterra, y ademas, hacerlos esperar un amplio comercio con Francia, en resarcimiento del que iban á perder con Inglaterra. Desgraciadamente, por desconfianza, por orgullo, por pertinacia, se defendia Napoleon contra las concesiones que le eran pedidas, no las otorgaba sino una á una, y hasta destruyendo á veces su efecto con intempestivos rigores. Asi, cuando los parciales de la guerra citaban en el congreso americano los buques detenidos por los ingleses, ó aquellos á cuyo bordo se habia ejercido la captura de los marineros, en respuesta citaban los partidarios de la paz los buques americanos detenidos por la marina francesa en las bocas del Támesis ó del Tajo, y cuando se les queria poner delante de los ojos el vasto comercio del imperio francés en cambio del comercio británico, citaban los dos puertos desde los cuales se podia salir de América, y los tres puertos adonde se podia arribar en Francia, y las trabas, las tarifas excesivas á que alli quedaban expuestos.

Mas y mas complicaban tal situacion grave de suyo el estado de los ánimos en los Estados Unidos y la division de los partidos en aquella comarca libre. Entonces, como antes y despues, se hallaba dividida en federalistas y demócratas la América del Norte.

Bien que en otros dias hubieran querido los primeros la guerra contra Inglaterra, para la emancipacion del suelo americano, ya obtenida, retornaron á cierta especie de predileccion por la antigua madre patria, y deseaban el comercio con ella, la

alianza con su política, no mostrando sonrojo ni molestia por su ingratitud respecto de Francia. Sus intereses y sus opiniones eran causa de inclinaciones semejantes. Establecidos en las costas del Nordeste de América los mas de ellos, en Filadelfia, en Nueva York, en Boston, eran antiguos negociantes ingleses, intermediarios naturales del comercio con Inglaterra, y querian que sobre todo consumiese América los productos británicos de que eran importadores y traficantes. No produciendo ni algodón, ni azúcar, ni tabaco, ni granos, ni maderas, como los colonos de tierra adentro, se cuidaban poco de buscar salidas á estos productos, y solo se desvelaban por el comercio británico de que eran agentes. Tales eran sus intereses; de un modo no menos sencillo se explicaban sus opiniones. Negociantes ricos, teniendo las costumbres, los gustos, las ideas del gran comercio inglés del cual traian la procedencia, profesaban las opiniones reservadas, severas, de una aristocracia mercantil, amaban la política prudente, mesurada, conservadora, de Washington, se inclinaban mucho á la de Mr. Pitt, y tenian singular semejanza con aquella poderosa ciudad de Londres, que habia formado la clientela del ilustre ministro inglés de continuo. En lo concerniente con especialidad á América, deseaban un órden de cosas regular, sostenian el gobierno federal de buen grado, y querian vivir en paz con todas las potencias. Apenas les convenia la Francia de Luis XVI, la de la Convencion nada, y la de Napoleon muy poco. Deploraban los rigores de Inglaterra contra su comercio; pero preferian sufrirlo á declararse en hostilidad con ella, y sobre todo no tenian confianza

alguna en el gobierno de Napoleon, al cual encontraban á la vez revolucionario, despótico, ambicioso y perturbador hasta el mas alto grado.

Los demócratas ó republicanos, segun se les denominaba en aquella época, todavía próxima á la proclamacion de la república, eran por sus intereses y sus opiniones diametralmente lo contrario que los federalistas. Colonos de lo interior casi todos, desparramados en la Virginia, la Carolina, el Ohio, Kentucky, territorios ricos en algodones, en tabacos, en azúcares, en cereales, en maderas de todas especies, tenian interés en comerciar con Francia, que necesitaba mucho de los productos de su agricultura. Aficionados á los gustos de nuestros colonos de las Antillas mas bien que á los de los negociantes ingleses, preferian nuestros productos á los de Inglaterra, al par de las costumbres profesaban las opiniones de los plantadores, y se inclinaban á las ideas inmoderadamente liberales. Ardientes en otro tiempo en provocar la rebelion contra Inglaterra, ardientes en desealarla, en pugnar por la independencia americana, á diferencia de los federalistas, continuaron aborreciendo á Inglaterra aun despues de arrancarla el triunfo, y querian llevar á remate la obra de su independencia, emancipándose del comercio, de los usos, de la alianza de la antigua metrópoli. Naturalmente dedicaban á Francia la benevolencia que negaban á la Gran Bretaña, le conservaban una viva gratitud por los beneficios recibidos de ella, le perdonaban fácilmente sus excesos revolucionarios, sublevándoles menos que á los federalistas, y aun cuando hubiera caido en un despotismo transitorio, siempre la miraban como á la nacion

activa, emprendedora, destinada en todos tiempos á precipitar los movimientos del espíritu humano. Irritados hasta el último extremo de los ultrajes hechos á su pabellon, se mostraban impacientes por vengarlos: ambiciosos, pretendian apoderarse del Canadá; por estos motivos impulsaban á las hostilidades contra Inglaterra, y anhelaban con toda su alma que Francia abriera ámpliamente sus puertos al comercio americano, recibiera sus productos agrícolas del Sur y del Oeste, y suministrara así argumentos á su polémica vehemente y apasionada.

Tan luego como las noticias llegadas de Europa revelaban algun exceso cometido por los ingleses, triunfaban los demócratas, y por el contrario, cuando se sabía que los franceses habian aun detenido á algun buque americano, decian los federalistas que, para ser justos, convendria declarar la guerra á las dos potencias, y que no pudiendo sin locura hacerla á ambas, lo mejor era no hacerla á ninguna. Por su parte replicaban los demócratas que solo gentes sin decoro y sin patriotismo podian tolerar la captura de sus marineros, la violacion de su pabellon, y que, antiguos colonos de Inglaterra, lo querian volver á ser los federalistas; y estos injuriados respondian que eran buhlicos avasallados á la influencia francesa.

A la sazón era jefe del poder ejecutivo Mr. Madison, amigo y discípulo de Jefferson, demócrata moderado, instruido, previsor, práctico en los negocios, hallando en sus luces personales un correctivo contra las opiniones harto vivas de su partido. Convencido de buena fé de que América tenia mayor interés en aliarse con Francia que

con Inglaterra, de que, aun deseando seguir en paz, á fin de recoger los inmensos beneficios de la neutralidad, se necesitaba por lo menos hacer respetar los derechos de la neutralidad misma, consideraba la guerra con Inglaterra como inevitable tarde ó temprano; pero queria ser forzado á ella por la opinion y apoyado por Francia, y recibir de ésta además en ventajas comerciales el precio del valor que dedicara á defender la causa del derecho marítimo. Prudente, pero amante del poder, tenia una ambicion, la única hasta ahora conocida en los presidentes de los Estados Unidos, la de alcanzar una segunda eleccion, de alargar así de cuatro á ocho años la duracion de su presidencia, lo cual ya habia sido recompensa y gloria de Washington y de Jefferson, y término de sus modestos y patrióticos deseos. Pero, si tenia ante los ojos el ejemplo de estos dos hombres ilustres, tambien tenia el de Mr. John Adams, que habiendo querido provocar una guerra con Francia el año de 1798, vió fracasar su reeleccion de resultas y concluir su autoridad á los cuatro años. Así guardaba muchos miramientos en su conducta y habia elegido por ministro de Negocios Estrangeros á Mr. Monroe, demócrata de su matiz, acostumbrado no menos que él á los negocios, alternativamente negociador en Francia y en Inglaterra, queriendo ser un dia continuador de Mr. Madison cual Madison lo era de Jefferson. Pero para llamar á Mr. Monroe á este puesto, Mr. Madison habia separado á Mr. Smith, demócrata distinguido y violento, perteneciente á una familia poderosa, y tenia que guardarse, no solo de los federalistas, sino de los demócratas extremos, desa-

zonados de su circunspeccion y de su lentitud calculada.

Para poner coto á la lucha de estas dos políticas que dividian á América, bastara que llegase de París un despacho con el cabal y definitivo reconocimiento del derecho de los neutrales, y la concesion de formales ventajas mercantiles. Por desgracia se estaba á fines de 1811; ya Napoleon estaba ocupado del todo en sus proyectos contra Rusia, y su cabeza ardorosa, aunque inmensamente vasta, no abarcaba á la vez dos proyectos. Apasionado en 1810 por el bloqueo continental, hallara en una guerra de América con Inglaterra la coyuntura de mil combinaciones favorables á sus planes, y nada descuidara por promoverla. Por el contrario, lleno á fines de 1811 de la idea de terminar en el Norte de Europa todas sus luchas de un solo golpe, no dedicaba á Mr. Barlow, ministro de América y amigo del presidente Madison, mas que una atencion distraida, y algunas veces le hacia aguardar semanas enteras una audiencia. Además de esta predisposicion á las ocupaciones exclusivas, comun en las almas apasionadas, Napoleon tenia otra no menos pronunciada, y era una especie de avaricia política, consistente en quererlo sacar todo de los otros, dándole lo menos posible, predisposicion que, por miedo de ser uno engañado, expone á veces á engañarse á sí propio, pues no conceder nada, ó conceder muy poco, es á menudo un medio de no alcanzar nada. Perseverante, aunque con menos pasion en su bloqueo continental, temeroso siempre de abrir salida á los ingleses, si lo cambiaba en algo, temeroso tambien de que le engañasen

los americanos, queria no concederles nada, interin no declarasen la guerra á Inglaterra. De continuo decia á Mr. Barlow.—Declaraos, salid de vuestras largas vacilaciones, y alcanzareis de mí cuantas ventajas podais desear.—Entretanto las fragatas francesas destruian todo buque americano que llevaba trigos á Cadiz ó á Lisboa, y nuestros corsarios daban caza á los que intentaban penetrar en las bocas del Támesis.

De esta suerte no fué declarada la guerra en 1811 como pudo serlo, y todo este año se pasó en discusiones violentas entre los partidos que dividian á América. A la llegada de cada buque de Europa, se corria á casa de Mr. Serurier, ministro de Francia, para saber si habia recibido algunas noticias satisfactorias, y este diplomático, enviado por Napoleon despues de las cosas de Holanda á Washington, para impulsar á los americanos á la guerra, y que procedia con celo y mesura, repetia de continuo la leccion que se le enviaba formada de París del todo, y decia siempre á los americanos que, cuando abandonaran su política de tergiversaciones, recogerian el premio de su adhesion á la causa del derecho marítimo. Así el congreso americano fué prorogado para 1812 sin abrazar partido alguno, y fuerza es repetir que fué una gran desdicha, porque esta guerra era de indole propia á dar al bloqueo continental tanta eficacia y á causar tal emocion á los ingleses, que acaso la política del gabinete británico variara de repente.

Con todo, imposible era que semejante situacion se prolongara, y así el año de 1812 debia acabar de otro modo que el antecedente. Si Francia hacia esperar sus concesiones comerciales y

apresaba de vez en cuando algunos buques americanos, Inglaterra persistia en la negativa absoluta del derecho de los neutrales, mantenia en todo su vigor las *órdenes del Consejo*, y continuaba sobre las costas de la Union la visita de los buques americanos y la captura de los marineros. Indignacion general produjo el número conocido y publicado de los marineros cogidos por los ingleses. Segun acabamos de manifestar pasaba de seis mil este guarismo, lo cual suponía una porcion mucho mayor de estos actos de violencia, pues se debian ignorar por lo menos otros tantos como los que eran conocidos. A la exasperacion pública puso colmo una postrera circunstancia, y fué la declaracion hecha por el gabinete británico en el mismo instante de recibir la plenitud del poder real el principe regente. Segun se ha visto, llamado á la regencia en 1811, vióse obligado á sopor- tar ciertas restricciones á su prerogativa, restricciones de poca importancia, bien que parecian ser una especie de aplazamiento á su instalacion definitiva. Todo el mundo así en Inglaterra como en Europa semejaba remitir á la época en que fuera investido con el poder real la determinacion de su política verdadera. En Inglaterra no habia desesperado la oposicion de verle tornar á sus antiguos amigos, y difiriendo la Union americana de continuo el momento de una guerra temible, se habia lisongeado de que tal vez templaria algun tanto aquel despotismo marítimo, que constituía uno de los caractéres de la política de Mr. Pitt y de sus continuadores. Mas, habiendo sido alzadas las restricciones puestas á la autoridad del principe de Gales á principios de 1812, y no habiendo re-

sultadó en la política británica ningun cambio, ya habia que desesperar de que se verificase, y la Union tomó al fin el partido de no aguantar por mas largo tiempo las vejaciones de Inglaterra, y de no aguardar tampoco mas los favores prometidos por Napoleon tantas y tantas veces. Singular espectáculo dado por dos gobiernos, el de Francia con todas las luces del genio, el de Inglaterra con todas las luces de la libertad, y ambos obcecados por las pasiones, entrando respecto de América en cierta especie de competencia de faltas, pues fuerza es reconocer que los países libres se apasionan y ciegan como los otros; solo que se puede decir que aun es la libertad entre todos los remedios el mas seguro y eficaz contra la ceguedad de las pasiones.

Descontento el gobierno americano de Francia, pero indignado contra Inglaterra, preparó una série de medidas militares, que indicaban visiblemente la resolucion de hacer la guerra, y á la sazón se puso gran cuidado en abstenerse de toda relacion con la legacion francesa, á fin de que no se atribuyeran tales determinaciones á nuestro influjo. Aquel gobierno propuso elevar el ejército permanente á veinte mil hombres, admitir hasta cincuenta mil los alistamientos voluntarios, crear una flota de doce navíos y de diez y siete fragatas y negociar un empréstito de cincuenta y cinco millones de francos. Con ardor fueron discutidas estas providencias y desde el punto de vista peculiar de cada partido. Queriendo los federalistas aumentar cada vez mas el predominio de la autoridad central, y viéndose obligados á la guerra, se inclinaban al aumento del ejército permanente y de la marina,

y rechazaban los alistamientos voluntarios. Al contrario los demócratas, desconfiando del poder central por instinto, mostraban repugnancia á la creacion de un ejército permanente, y no comprendian mas que una clase de guerra, la que consistia en lanzar una nube de voluntarios sobre el Canadá para que sublevasen aquel territorio y lo agregasen á la federacion americana. Estas opiniones, que tan al vivo retrataban el genio de los dos partidos, acabaron por un voto comun en favor de los proyectos sometidos á la legislatura, algo modificados no obstante en el sentido de los federalistas, porque el senado, donde éstos ejercian mas influencia, hizo subir el aumento del ejército permanente de veinte á treinta y cinco mil hombres. A estas providencias se añadió otra, y fué la del *embargo*, consistente en prohibir durante dos meses la salida de los puertos de América á todos los buques americanos, á fin de que los ingleses pudieran hacer pocas capturas. Al cabo de estos dos meses debia ser declarada la guerra.

Entretanto diversos incidentes suministraron aun pretextos para sostener la paz ó la guerra á cada uno de los partidos. Habiendo hecho un intrigante revelaciones, de las cuales se podia inferir que ciertos federalistas habian tenido relaciones condenables con el gobierno inglés del Canadá, aunque acusados injustamente, se sintieron aterrados por un momento. Sin embargo, muy pronto vino otro incidente á reanimar sus espíritus abatidos, hasta tal extremo semejaba que, antes de adoptar su resolucion definitiva, debia luchar América largo tiempo entre las faltas de Francia y las de Inglaterra. Se supo que fragatas fran-

cesas, de crucero en las playas de Lisboa, habian echado á pique varios buques americanos, que llevaban harina al ejército de los ingleses. Al saberlo se alentaron los federalistas, sostuvieron que los decretos de Berlin y de Milan no estaban revocados, que el decreto de 28 de abril de 1844 era una mentira, y preguntaron cómo habia quien se atreviese á proponer la guerra contra Inglaterra por no haber revocado las *órdenes del Consejo*, no habiéndose revocado tampoco los decretos de Berlin y de Milan por Francia.

De todos modos ya era preciso llegar á una solución, pues el gobierno del presidente Maddison podia recelar ver su consideracion comprometida de resultas de estas continuas tergiversaciones. A vueltas de todo, el público acabó por comprender que no era maravilla que Francia tratase de impedir que los neutrales abasteciesen al ejército enemigo, y, sin penetrar en las dificultades de la cuestion de derecho, antes de mucho se calmó relativamente al suceso de Lisboa. Se leyeron despachos de Mr. Barlow, anunciando excelentes disposiciones por parte de Francia, disposiciones que, para ser manifiestas, solo aguardaban una resolucion enérgica de los Estados Unidos contra Inglaterra. Por último, á mediados de junio, en la misma época en que Napoleon se encaminaba desde el Niemen al Dwina, se sometió al congreso americano la cuestion solemne de la guerra á Inglaterra. Violento y largo fué el debate. Algunos federalistas exaltados clamaron que, puesto que se queria hacer respetar el pabellon y representar heroísmo, lo razonable era no representarlo á medias, y declarar la guerra á ambas nacio-

nes. De ridícula se resentía la proposición esta, pues en visperas de combatir á favor del derecho marítimo fuera extraño declararse hostil á aquella de las dos potencias que, aun violándolo algunas veces, sustentaba una lucha encarnizada por su triunfo. Además, se resentía de imprudente hasta el último extremo, porque ¿en qué puertos hallarían los corsarios de América refugio y mercado, si se les cerraran las costas de Francia? No se hizo caso de arranques de gentes descosidas de desacreditar una opinión exagerándola, y el congreso americano votó la guerra por mayoría de 79 votos contra 37 en la cámara de los representantes, y de 49 contra 13 en el senado. Fechóse la declaración oficial el 19 de junio de 1812.

Mientras las faltas de Inglaterra producían este desenlace, que tan funesto pudiera serle, ilustrándose el gabinete británico cuando ya había pasado la coyuntura, revocó al fin las órdenes del Consejo, y Mr. Forster, al embarcarse en uno de los puertos de la Unión, acababa de recibir la tardía nueva, dejando el cuidado de comunicarla al presidente Maddison á un encargado de negocios.

Pero los demócratas se habían apresurado á comenzar las hostilidades, y ya entonces agitaban á la América dos hechos, llenándola el uno de alegría, y el otro de tristeza. Imprudentemente presuroso el general Hull en cruzar la frontera del Canadá por cerca del fuerte de *Detroit* á la cabeza de una tropa de tres mil hombres, y en distribuir proclamas insurreccionales á los canadienses, hallóse cogido entre los lagos Huron y Erié, envuelto por las tropas inglesas y obligado á rendir las armas. Vivamente conmovió á América este suce-

so, que en realidad distaba mucho de presagiar la suerte de la presente guerra. Pero al par el hermano del mismo general Hull, capitán de la fragata la *Constitucion*, acababa de alcanzar una victoria, que exaltó el genio americano hasta el último punto. Un año hacia que muchas fragatas inglesas insultaban las costas americanas, y ejercían aisladamente la captura de los marineros á la boca de sus puertos. Especialmente la fragata *Guerretera*, francesa en otro tiempo, había hecho frente al comodoro americano Rogers, que la buscaba para castigarla. Montando el capitán Hull la fragata *Constitucion* halló á la *Guerretera*, y en treinta minutos le echó abajo los masteleros, y la obligó á rendirse con trescientos hombres, después de herirla ó matarla unos cincuenta. Tanto las maniobras, como los disparos de la fragata americana, se hicieron con exactitud admirable. Sus oficiales y sus marineros acreditaron una intrepidez, que auguraba el advenimiento de una nueva raza de héroes sobre los mares. El entusiasmo excitado entre los americanos por uno de estos hechos y la confusión producida por el otro esterilizaban los esfuerzos que se pudieran intentar para promover una avenencia con los ingleses.

Tales habían sido los sucesos allende el Atlántico durante la trágica catástrofe de nuestro ejército en Rusia. ¡Calcúlese el efecto de semejante declaración de guerra un año antes, cuando, hallándose Inglaterra sin aliados en Europa, viera surgir un nuevo enemigo mas allá de los mares, cuando los americanos, únicos violadores del bloqueo continental, se transformaran en sus cooperadores ardientes, cuando ya fuera imposible re-